

La vida amorosa de Juan Valera conocida a través de su obra epistolar

Eduardo Abud
The University of Arizona

Valera fue un prolífico escritor de cartas. Desde muy joven mantenía correspondencia con sus familiares; sobretodo con sus padres y con su hermana Sofía, con sus amigos y con los funcionarios de gobierno relacionados con su larga carrera diplomática. Este interés de Valera por el género epistolar, lo llevó ya en su etapa de escritor a utilizar ésta forma dentro de algunas de sus novelas, como es el caso de *Cartas de un pretendiente* y *Pepita Jiménez* y en algunos de sus cuentos, *El doble sacrificio*, así como en el ensayo crítico, *Cartas Americanas*.¹ Por algo este escritor es considerado el fundador de la novela epistolar en España. Fueron precisamente las cartas privadas enviadas desde Rusia a su amigo del Cueto a finales de 1856 y principios de 1857, las que le ganaron la aceptación de los lectores, al ser publicadas en los periódicos de España. Esto ocurría veinte años antes de la publicación de *Pepita Jiménez* (Pagés 12). Azaña, el primer biógrafo de Valera, sostiene que debido a la escritura de cartas, éste llegó a ser un magnífico prosista y que por su producción constante llegó a dominar este género.² Pagés añade:

Para la critica, la escritura epistolar de Valera, significa un prólogo a la obra publica del autor; para el escritor son un pretexto [. . .] Las cartas se consideran un ‘banco de pruebas’ del estilo del escritor al tiempo que sirven de espacio para la creación de tipos que más tarde aparecerán como personajes en sus novelas. (47)

En la presente investigación nos centraremos en la obra epistolar de Valera, pero sólo en aquellas cartas que develan su vida amorosa a lo largo de su existencia, para adentrarnos en su mundo privado, ese espacio en el que el escritor expresa su intimidad, sus sentimientos más recónditos. Como nos dice Ferrater: “No es tarea breve describir el mundo personal [. . .] de un escritor, pero sabemos en que consiste: en los modos como el escritor reacciona ante el mundo, en sus

experiencias: amores, odios, resentimientos, placeres, ilusiones, desengaños, etc” (17). Este mundo interno aunado al mundo real o exterior del escritor, se integran para darnos a conocer el llamado mundo del escritor, que es “solamente el modo como un escritor organiza lingüísticamente el mundo real y el personal” (Ferreter 16).

Empezaremos con unas breves consideraciones teóricas sobre el género epistolar, antes de analizar la correspondencia relacionada con la vida amorosa de Valera. La teoría literaria sobre el género es más bien exigua. Por lo tanto esbozaremos sucintamente algunas de sus principales características. La carta privada, nos dice Pagés, al igual que la autobiografía, la memoria y el diario, participan de una clasificación común, de un lugar accesorio, son

un subgénero, una especie secundaria de la familia hegemónica [. . .] la carta se presenta como un género radical respecto a otras formas en primera persona en al menos dos sentidos. Por una parte, parece ser la única forma de escritura realmente común a la mayoría de la burguesía alfabetizada. Según lo atestiguan muchos manuales del siglo XVIII y XIX [. . .] Por otra parte, para aquellos que ya han hecho ejercicio de la escritura como actividad pública o publicable, la carta parece convertirse en el género indispensable para reproducir la experiencia interior ya en sí misma desplazada y mediatizada por el lenguaje. (6)

La carta establece una comunicación entre

dos personas, al menos antes de ser divulgadas. No existen varios lectores indeterminados cuya respuesta no conocemos, como es el caso de la carta cuya respuesta no solo la anticipamos sino que la estimulamos. El análisis del diálogo en las cartas, es uno de los objetivos primordiales de la crítica literaria actual, analizando la relación existente entre el narrador y el destinatario lector (Pagés 8-9).

La carta la distinguimos de otro tipo de escritos por su apertura o saludo y el cierre o despedida, es el código que la distingue de un diario o una novela u otro género de texto. Cuando las cartas son puestas a disposición del gran público lector, el editor de las mismas las recoge y ordena, siendo su participación similar a la de un narrador extradiegético, como el de la novela tradicional, pero cuando el editor comenta y a veces juzga a los personajes, éste ya es un narrador intradieético.³

Ésta aparición del editor resalta el conflicto del autor con relación al poder que tiene sobre su obra y a la presencia del lector, que no vemos en otro tipo de textos. El primer problema aparece cuando nos preguntamos quién es el dueño del documento. Desde luego que no es el autor de la carta, ya que ésta fue enviada a un destinatario, quien es realmente el dueño de la misma. Pagés nos dice que cuando se rompe una relación amorosa, en la que se escribieron cartas de amor, es considerado de cortesía, meramente convencional, el que el destinatario de las mismas las regrese a su

autor, primeramente para no estar en posesión de la intimidad de una persona con la que ya no existe vínculo alguno. Segundo, para evitar el uso indebido que el destinatario pueda hacer de las mismas en contra de la voluntad del autor (19-20). Este fue el caso de las cartas enviadas por Valera a del Cueto, quien las publica sin autorización del primero.

Derrida se refiere a la “crisis del destinatario” del texto, para significar los posibles destinatarios de la carta privada, así como a la característica inherente a toda carta, en cuanto que, puede ser leída privada o públicamente. Para Derrida uno de los momentos más representativos de la carta, es cuando el autor ya no tiene control sobre el destino de su propio texto.⁴ Esta crisis del destinatario, se puede ver claramente en las cartas de Rusia de Valera, al publicarse éstas en el periódico de Madrid *La España*. En ese momento sus cartas dejaron de ser privadas y de tener un solo destinatario; el autor se encuentra impotente para ejercer su autoridad sobre el destino de sus cartas.

Hay otro punto relacionado con el editor que debemos comentar y es que al transformarse en lector de las cartas, una vez que van dirigidas al público lector, substituye al autor como el creador original de su significado; el editor se transforma en “la autoridad interpretativa y en el fijador del sentido de los textos, ahora en forma de libro” (Pagés 20).

Es precisamente la naturaleza de la carta como documento privado, de supuesta

nitidez y franqueza; escrita para no ser publicada, instrumento de conversación entre dos individuos que le da su autoridad como texto hermenéutico. Madame de Sevigné mencionaba que: “uno de los propósitos principales de los géneros epistolares [era] la apariencia de verdad. O lo que podríamos llamar la ilusión de no-ficcionalidad” (Pagés 24).

Hay una característica de la obra epistolar que no comparte con otros géneros literarios, su transitoriedad, “una vida breve: el día, el momento en que se escribe y el día, el momento en el que el destinatario la recibe y lee. Arrancadas de su circunstancialidad, de las contingencias de su espacio original privado, algunas cartas son transportadas a la esfera pública [. . .] ” (Pagés 42).

Los datos más relevantes de la biografía de Juan Valera los damos a continuación. Nació el 18 de octubre de 1824 en el pueblo de Cabra, en la provincia de Córdoba. Sus padres miembros de familias distinguidas andaluzas, aunque no adineradas, fueron José Valera y Viaña, quien fuera oficial de la Marina Española antes de ser retirado y perseguido por sus ideas liberales. Este hecho tuvo más tarde, una influencia en Juan, cuando al escribir sus obras, se cuidaba mucho de no mostrar abiertamente su posición ideológica, apareciendo más bien equilibrado en sus críticas. Su madre, Dolores Alcalá Galiano y Pareja, Marquesa de la Paniega, enviudo de su primer marido, Santiago Freuller, militar suizo al servicio de España, con quien

procreó un hijo, José, quien heredó el título nobiliario (*JV* 15).⁵

Doña Dolores fue una persona absorbente y de carácter autoritario; físicamente era poco favorecida, fue heredera de un mayorazgo casi arruinado. Llevaba las riendas de la casa y de la familia entera. Se encargó de la educación de los hijos, de casar bien a sus hijas y no sólo de mantener, sino elevar aun más el rango social de la familia. Deseaba que su hijo Juan fuera famoso, sin saber en qué, ni el cómo (Sáenz 17).

Cuando muere el rey Fernando VII en 1833, José Valera recibe varios nombramientos, entre otros, el de comandante del Tercio Naval en Málaga, donde Juan ingresa al Seminario Conciliar, una escuela secundaria de esa ciudad, donde pasó tres años (1837-40) estudiando filosofía (*JV* 16). Estudia francés, inglés e italiano y a los trece años ya había leído a Voltaire (Bravo 16). Se traslada a Granada para estudiar leyes en el Colegio del Sacro Monte en Granada, en 1841. Obtiene su título de abogado en 1844, después de pasar el tercer año de estudio en Madrid de 1842 a 1843. En su estancia en ésta ciudad sigue sin tomar muy en serio sus estudios y más bien se divierte, aunque continúa escribiendo versos. Allí conoce a Gertrudis Gómez de Avellaneda, “[1]a morena peregrina cubana, la excepcional Tula, con su belleza y el fuego de su inspiración, [que] seduce a Valera y le deja pasmado de admiración” (Bravo 25). La poetisa era diez años mayor que Juan, que contaba con sólo diecisiete años; éste le

escribió un poema “A Lelia”, donde el autor hace alusión a “Leila y Stenio personajes de George Sand, son la bella Tula y Valera suplicante, cuyo ardiente ruego es escuchado como fantasía poética, pero no correspondido”⁶

A Lelia

Tus ojos, vida mía

bellos como la luz de la mañana
que entre celajes de zafiro y grana
el claro sol desde el Oriente envía,
y el vivo lampo ardiente

que enciende el genio en tu divina
frente, arrebatan de amor mi fantasía
(v.v. 1-8).

En estos versos Valera ya deja ver sus dotes de poeta, así como su inclinación a enamorarse fácilmente; característica que lo acompañará durante la mayor parte de su existencia.

Con su título de abogado Valera va a Madrid para probar fortuna en su profesión. Mientras busca cómo emplearse, es asiduo asistente a las tertulias de la alta sociedad Madrileña, que fácilmente accede a ella por las conexiones de su familia. Juan era un hombre culto, sofisticado, con refinados modales, preocupado del buen vestir, que embelesa a todos con su conversación y erudición. Muchas damas de la alta sociedad española, casadas y solteras, suspiran por Juan, quien además era un hombre muy apuesto y varonil (Villasante 29).

Uno de los viejos amigos de la familia Valera, el duque de Rivas, poeta y diplomático, muy amigo del padre de Juan,

había sido nombrado embajador en Nápoles invitando a Juan a ser agregado, desafortunadamente sin sueldo. Éste acepta, instalándose en Nápoles en marzo de 1847, permaneciendo allí dos años y medio. Fue su primer viaje al extranjero y estaba deslumbrado ante la idea de ver tantos lugares famosos, sobre los que había leído en la historia o la literatura (*JV* 17).

Ya que sus obligaciones en la legación española en Nápoles no eran muchas, le permitió a Juan bastante tiempo para socializar. Allí, Valera conoce primeramente a la marquesa de Villagarcía, quien era siete años mayor que él. Esta dama, ocurrente, graciosa y salerosa, (de allí el mote de *La Saladita* que le puso Valera, y él a su vez era *El Saladito*) atraía a toda la delegación española de Nápoles, incluyendo al Duque de Rivas. Juan coquetea impetuosamente con la marquesa y ambos se divierten “picándose mutuamente con sus devaneos” (Villasante 42). La marquesa consideraba a Juan inconstante; éste, la consideraba fementida y cruel. Debido a los seis años que le llevaba a Juan, se negó a continuar su relación. En una carta de la *Saladita*, fechada en julio de 1850, en Madrid, ésta le dice:

“¿Con qué fui tan ingrata, tan fementida ¡Cruel muger!⁷ pero mirándolo por un lado boy a convencer a V. que no fui del todo perversa; va V. aver—yo boy atener muy luego 6 años mas que V., dicen tenía V. 25 y medio, seis mi querido Valera ¿sabe V. la ventaja que dan al corazón de una muger sobre el corazón de un hombre? ¿Cuál hubiera

sido el resultado de un afecto con esta ventaja de mi parte? ¿qué V. hubiese concebido una de esas pasiones grandes inmensas de esa que llevan o al cielo o condenan al sepulcro; V. un poco amado de todos, yo bastante coqueta? ¿cuál sería el resultado? que V. se habría *brule la cervelle* (quemado el cerebro) y que su mamá de V. me dije se—¿qué hizo V. de mi Juanito? ¿Qué catástrofe—que pérdida la de V. para las culebrosas—¡Dios mío—ingrato porque no me agradece V. todo el bien que le hice—? y yo que acaso hubiese muerto por la inconstancia de V., vamos dejemos tan tristes pensamientos (Azaña 34-35).

Juan conoce también en Nápoles a Lucia Palladi, la marquesa de Bedmar; su tez pálida le gana el mote de *la Muerta*, que el Duque de Rivas le pone. La marquesa es también mayor que Juan por varios años, pero comparte con Valera el gusto por el arte y la literatura. Frecuentan las mismas tertulias y entablan una relación de amistad apasionada. Lucia, sabiéndose de salud frágil, no quiere traspasar el umbral de la relación espiritual, platónica. Esto Valera no lo entiende e insiste en que su amor sea correspondido (Bravo 43-44).

Valera se ha enamorado realmente de Lucia, lo que le hace sufrir una desesperanza inmensa, al saberse correspondido, pero que se le niega. “Yo podría ser tu madre—dice Lucia Palladi—. No, no, amante—suplica Valera”. Y Lucia Palladi calla porque está más enamorada aún que el mismo Valera y como es mujer inteligentísima tiene que ser prudente. A su modo, calladamente, Lucia

Palladi sufre más que Valera” (Bravo 45).

En ocasiones Valera se refiere a Lucia, como *la dama Griega*, aunque nacida en Moldavia, quizás por su profundo conocimiento del griego, ésta constantemente le incita a que sacuda su letargo y a que lea y escriba. A instancias de *la Griega*, Valera estudia italiano y griego y repasa el latín (JV 17). Lucia, además de ser fuente de inspiración de varios versos que Juan le escribiera, tuvo una influencia decisiva en la vida de Valera. Constantemente le animaba a tomar el camino de las letras, halagando su talento para escribir cartas.

La atracción que Juan sentía por Lucia no era algo pasajero, cuatro años después se refería a ella como la persona que más había amado en la vida. Juan se consternó cuando vio el estado deteriorado en el que se encontraba Lucia, cuando la visitó por última vez en París en 1857, al regresar de su estancia en Rusia; tres años más tarde moría el gran amor de Juan (JV 17).

El recuerdo de Lucia lo mantuvo Juan durante toda su vida. En 1897, cuarenta años después de la última visita que Valera hizo a la Palladi, escribe un cuento, *El cautivo de Doña Mencía*, en el que la protagonista se comporta de la misma manera que años atrás se comportaba Lucia. En este cuento doña Mencía, quien es varios años mayor que el joven Nuño, se enamora de él. Ella, sabiendo que Nuño la ama, actúa sensatamente y le aparta de sí, sin revelar sus sentimientos

de amor. Acto seguido se recluye en un convento, dejándole una carta en la que le declara su amor. En la carta le termina pidiendo a Nuño que la recuerde con ternura. La vida de doña Mencía se extingue y termina en el convento. El cuento es claramente una recreación sentimental de los sucedido años atrás entre el joven Valera y Lucia Padalli. En las cartas de Lucia, ésta estimulaba a Juan a continuar escribiendo. Valera no dejará de reconocer la inmensa huella que ella dejó en su persona (Bravo 49).

A su regreso de Nápoles a Madrid, a finales de 1949, Valera vuelve a la antigua vida social de la capital. Frecuenta el palacio de los duques de Rivas y se siente atraído por la hija menor de los duques, Malvinita. Casi en todas sus cartas que escribe en Madrid aparece el nombre de *la Culebrosa*, refiriéndose precisamente a la saladísima Malvinita. Siendo una mujer coqueta, bonita y simpática, *la Culebrosa*, flirtea igualmente con el marqués de Bedmar para atrapar a Juan, que a la par se deja cortejar por el general Serrano.

En carta dirigida a su padre fechada en Madrid el 23 de febrero de 1850, le dice:

La Culebrosa, (y esto quédese entre nosotros) está decida por mí y con terribles deseos de casarse y de que nos vayamos juntos a Nápoles, en busca de papá bonito. La niña es muy bonita, pero el mismo diablo no es más travieso, ni el santo Job más pobre que ella. No tiene más dotes que los del Espíritu Santo, su nombre ilustre, algún título de marquesa y ser de la clase

reinante (Romero 75).

En otra carta que Juan dirige a su padre, fechada en Madrid el 3 de abril de 1850, le escribe:

Anoche estuve en casa de la Villagarcía (*la Saladita*) que ahora es la querida del Rey, y me recibió tan cariñosa como siempre. Me embromó con *la Muerta*, recordamos nuestras aventuras de Nápoles y de Roma, y estuve, contra mi costumbre, alegre hasta la locura [. . .] Después fui a ver a *la Culebrosa* y todavía me duraba el buen humor, de modo que dejé admirada a la sociedad, hecha a verme tan serio. El general Serrano estaba allí, haciéndole la corte a *la Culebrosa*.

El 1 de mayo Valera se sincera con el padre y le dice:

El Sr. Cueto es hermano de la Duquesa de Rivas y por eso está conmigo tan amable y afectuoso. El Duque, a lo que entiendo y me dicen ellos, les ha escrito mil elogios míos y todos quieren, esto lo veo más claro que el sol, que yo cargue con Malvina. Y sobre este asunto voy a decir a Vuestra Merced francamente lo que pienso.

Como cálculo no me parece una cosa ventajosísima el casarme con la niña; pero no deja sin embargo, de tener sus ventajas. Ella no es rica, pero su posición es muy buena, y el Duque, Cueto y sus amigos me levantarían y ayudarían entonces. *La Culebrosa*, además tendrá por lo menos 10 o 12 mil reales de alimentos y su título de marquesa. Como cosa deleitable no deja de serlo, porque la muchacha es graciosísima. Los inconvenientes son:

1.º, que aunque yo ahora soy un perdido, puedo mañana o el otro llegar a ser una persona de valía y encontrar mejor acomodo si me quiero casar; y 2.º, que la muchacha unas veces me parece inocente y otras coqueta, y temo que casándome con ella, si bien puede ser virtuosísima, sea lo contrario...

No puedo negar que la niña me gusta mucho y que si no fuera por estos temores, ya me hubiera enredado en amores con ella... Yo he hablado a Vuestra Merced muy mal de *la Culebrosa*, pero acaso lo que a mí me ha parecido criticable no lo sea, porque estoy inclinadísimo a pensar mal de todo. (Romero 95)

Ya aquí podemos ver que para Valera el matrimonio era cosa de conveniencia tanto económica como social. Aunque le gusta Malvinita, no le parecen mal los 12.000 reales que recibirá ésta, además del título de marquesa.

Finalmente Valera decide terminar con la relación de Malvinita y en carta dirigida a su madre, le escribe: "Ayer estuve por la mañana en casa de la duquesa de Rivas, y hemos quedado yo y Malvina, con quien tuve una larga y solitaria conversación, en querernos mucho de un amor platónico y fraternal" (Romero 102).

El 2 de junio de 1850 Valera le escribe a su madre dándole la buena noticia de su nuevo nombramiento: "Escribo a usted, madre mía, para darle la buena nueva, que acaso ya sabrá, de que he sido nombrado agregado con sueldo en Lisboa" (Romero

107). El sueldo era de 12.000 reales y Juan tomó posesión de su nuevo cargo el 26 de agosto de 1850. Valera quedó muy impresionado al llegar a Lisboa, localizada en la orilla derecha del Tajo y sus colinas con hermosos jardines y palacios. Estas imágenes son recreadas cincuenta años después en dos de sus novelas, *Genio y figura* y *Morsamor* (JV 18).

En Lisboa Valera no aplaca su atracción por las faldas como el mismo lo dice, no siendo obstáculo que la dama que lo atrajera fuera una desdichada casada, Laura Blanco, quien fue blanco, pero de sus atenciones. Sus galanterías son siempre discretas, ya que el marido de Laura, hombre en extremo celoso, no la deja nunca a solas. Este episodio lo relata a su madre en carta escrita en Lisboa el 25 de diciembre de 1850:

Ya en otras cartas hablé a usted de Laura Blanco y de lo mucho que me gustaba. Esto no pocas veces se lo he dado ha entender a ella, con miradas, pisotones, etc., siendo de palabra imposible, por ser el marido sumamente celoso y no dejarla ni un momento sola con nadie. Iba yo antes casi todas las noches a casa de su padre, el Sr. Blanco [. . .] y allí hacia la corte a Laurita, con el más notable disimulo que he gastado en mi vida... Pero desgraciadamente, de nada me ha servido. Las hijas de Orta y otras dos españolas amigas de Laura sospecharon algo o lo supusieron y formaron en mi daño espantosa conjuración [. . .] y tratarían de darme a entender que no volviera mas por allí [. . .] Entre tanto, yo no veo a su mujer [Laura] y ya perdí casi la esperanza de

mejor fortuna, tengo hecho propósito de no requerirla de amores, lo que no es gran virtud, pues se funda en la dificultad del pecado. (Romero 128)

Conociendo Valera los apuros económicos por los que pasa su familia, más la necesidad de fondos que necesita para mantener su intensa vida social, casi se ve inducido a un matrimonio de conveniencia. La dote y la posibilidad que tiene la novia de Lisboa, Julia Pacheco, de heredar, la hacen candidata aceptable para Valera. Por su mala postura, Valera le puso el apodo de *La Jorobada*. Era hija de doña Josefa Pacheco, cuya familia rica y noble, era de Extremadura. Pero después de pensarlo mucho, Juan no estuvo dispuesto a perder su libertad y rompió con Julia (JV 19).

A través de la vida de Valera, reflejada en su obra epistolar, observamos el constante lamento de la falta o insuficiencia de dinero. Siempre vivió más allá de sus posibilidades económicas, empujado por el ambiente de la alta sociedad en que se desarrolló.

Antes de cumplir un año en Lisboa, Valera es promovido y nombrado segundo secretario en la embajada de España en Río de Janeiro, el 11 de agosto de 1851, con un sueldo de 18.000 reales (Bravo 83). Al llegar a Río la vista de la ciudad le impresiona mucho, aunque como ya era costumbre, se queja, esta vez del clima húmedo e insalubre, del alto costo de la vida y de la falta de sofisticación de la sociedad de Río. Su jefe, el embajador José Delavat, era un diplomático de carrera casado con una

brasileña; tenían una niña, Dolores que tenía siete años, a quien Juan considera una niña mimada y fea como un pecado. No se imaginaba Juan, que quince años más tarde, esta niña sería la mujer con quien se casaría (JV 19).

La poca actividad social en Río, obliga a Valera a escribir cartas muy extensas, con todo lujo de detalles —y en ocasiones muy ocurrentes— describiendo el paisaje brasileño y de experiencias en Brasil, a su amigo y mentor literario Serafín Estébanez Calderón.

Río de Janeiro / 1852 / Febrero / 13

[. . .] Pero yo me fastidio sin embargo; el calor me mata, y un dolor de estómago casi continuo me quita el gusto para todo. Las calles de la ciudad están mal empedradas, los coches son caros y detestables, las distancias enormes, y la comida nauseabunda, los negros que la sirven, descalzos de pie y pierna y apestando a lo chotuno y las habitaciones mal alhajadas y llenas de arañas, curianas, lagartijas, mosquitos, salamanquesas, alacranes y otros monstruos horribles asquerosos. La fecundidad de esta tierra se comunica también al hombre, y si no pare, se empreña muy a menudo. Es cosa corriente que se le llenen a uno los cojones de agua, o que le crezcan en ellos carnosidades voluminosas, por manera que cuando se ve pasar un regimiento, y no se está en el secreto, se puede muy bien imaginar que los soldados llevan entre las piernas la mochila. Mi jefe me ha confesado que si bien un cirujano, Moisés, ha hecho repetidas veces milagros en sus testes, todavía los tiene con 3 dedales de agua,

por lo menos. (Romero 177-179)

Son pocas relativamente las relaciones amorosas de Valera en Brasil. En otra de sus cartas a Estebánez Calderón de fecha 4 de agosto de 1853, habla Valera de su Armida brasileña y de Jeneatte:

En cuanto a mi Armida brasileña, pondré en conocimiento de Vuestra Merced que es de las que han ido y van con mas frecuencia a la biblioteca [. . .] y como ella gasta desafortadamente, el pobre marido tiene más deudas que cuernos, y de muy rico que era, ha venido a grande estrechez, y mi Armida se vale de sus amantes para salir de apuros. Yo, que no tengo más tesoro que el de mi fina voluntad, hube de abandonar la empresa por imposible [. . .] Desde que llegué al Brasil, puso los ojos en mí una cotorróna sabrosa, *ex-prima-donna*, francesa de nación, y casada hoy con el Alfio de Río de Janeiro, usurero riquísimo. Yo la había siempre desdeñado, pero D. José me aconsejo que cediese y me entregase. “Amigo, me decía, a falta de pan, buenas son tortas; hartó sé que la tal señora esta ya algo madura, mas no esta podrida, como acaso lo estén las putas con que Vuestra Merced anda. Y como Vuestra Merced no tiene nada mejor, debe tomar sin melindres lo que le dan de regalo [. . .]” Estas razones y sentencias [. . .] me decidieron al fin, y ahora me alegro de veras. Mi prenda es blanca y rubia; elegantísima en el vestir, y más limpia que el oro; las carnes frescas y apretadas; las piernas, como columnas de alabastro, y el brazo y la mano más lindos de la ciudad [. . .] Mi Jeneatte está empeñada en que le haga un chiquillo, para que herede al viejo

ladrón de su esposo. Yo lo procuro, pero en vano. Ni Hércules lo conseguiría. ¿Quién ha de llenar aquel pozo sin fondo? (Romero 244-45)

En esta misma carta Valera le relata un hecho graciosísimo sobre la Baronesa de Sorocaba, madre del esposo de D^a Carolina, hija del primer matrimonio de Alfio:

Los amantes de la Baronesa han sido innumerables. A veces me temo yo que esta señora me quiera forzar, pero el encanto de su conversación es más fuerte que mis temores. Noches pasadas me aseguró que no había mujer como ella para dar deleite a los hombres. “Rapaz me dijo, yo soy *romanista*; mi hermana y mis hijas son romanistas también, mas ninguna me aventaja”. Bien me traslució a mí que esta calidad del romanismo debía ser maravillosa, y que le venía de casta a la Baronesa, como el pico al garbanzo y el rabo al galgo. Con todo, por más que me devanase yo los sesos, nunca atinaría con lo que esto del romanismo significa, si la Baronesa no me lo hubiera explicado. Ser romanista es estar dotada la mujer de una fuerza de atracción y de contracción poderosas para sorber el líquido, y apretar y contener lo sólido, con tan estupenda delicia, que nos duele, y nos enloquece, y nos provoca a aullar y a morder, como si fuéramos lobos. Yo, confieso la verdad, nunca he gozado del romanismo, y dudo que lo que haya en Europa tan pujante y brioso como se cuenta que es el de por aquí. Creo, sin embargo, que le hay, aunque endeble; y si no me engaña la memoria, en Andalucía la mujer que posee tan agradable calidad se dice que tiene *chirrin de boca de ratonera*. [. . .] A

pesar de estas historias, pienso abandonar el Brasil y dentro de dos o tres meses irme para España. Hará otros tantos que pedí la licencia y la espero pronto. (Romero 245-46)

En septiembre de 1853 Valera desembarca en Lisboa procedente de Brasil, muchos de los recuerdos que Valera guarda de su estancia en este país, los incorpora en la novela que muchos años más tarde escribió, *Genio y figura* describiendo personajes que vivían en Brasil. Ya en Lisboa, Valera le escribe a su hermana Sofía una carta fechada el 22 de octubre de 1853, en la que le cuenta cómo estando en Brasil vuelve a revivir el compromiso de matrimonio con Julia Pacheco, otra vez compelido por los apuros económicos que pasaba, pero sin sentir amor alguno por la novia y considerándolo como siempre, un negocio. La carta emana pesimismo y notamos a un Valera que se devalúa a sí mismo y ve su porvenir negro, reflejo quizás, de un estado depresivo por el que atravesaba, en ella confiesa también su debilidad de carácter y de decisión:

Yo, querida hermana, hablándote con toda franqueza, siempre me he creído, y cada vez me creo más alto por el entendimiento: pero soy tan endeble y escaso de voluntad, y la poca voluntad que tengo, es tan enfermiza y vacilante, que no sólo destruye toda la virtud creadora de mi entendimiento, sino que también me atormenta y aflige de continuo. Ello es que para nada sirvo, ni serviré nunca [. . .] Todos supondrán que me caso por los 80.000 duros que

tiene la novia.

Advierte que te hablo como si conmigo estuviera hablando. La novia tomó en casarse conmigo tal empeño, que no sabré como resistirme, aunque quiera. Yo cuando estuve aquí de Agregado, le hice la corte, casi sin pensar, y por pasar el tiempo. Pude romper cuando me fui al Brasil, y aun desde allí pude romper no escribiendo. Pero al verme en el Brasil, solo con poco dinero y menos comodidades, viviendo como San Alejo en el hueco de una escalera, melancólico y desabrido a pesar de las gracias de Don José Delavat, y suponiendo con mi imaginación biliosa el porvenir más negro y feo y temeroso de lo que acaso sea con efecto, me di á entender que el casarme me estaría bien, y escribí a Julia. Ahora que veo de cerca el casamiento, me asusto y retrocedo [. . .] Toda esta inutilidad mía, así para fraile, como para escritor y turroneo, me hace fuerza y me inclina al casamiento: mientras que por otra parte mis ideas de independecia y de poesía, y qué sé yo, como diría Delavat, me quitan la gana de casarme. Y mientras que estoy ponderando el pro y el contra del negocio, y añado y coloco en la balanza la mala obra que le hago a la chica si la planto, y lo mucho que ha mostrado ella quererme, el lazo que nos une se aprieta más; y yo no me siento un Magno Alejandro para romperle, ni bastante diestro para desatarle [. . .] Así pues si no me caso, es porque no me da la realísima de la gana. (Sáenz 41-43)

Valera decide por segunda vez no casarse con Julia. Regresa a Madrid donde establece su reputación como escritor y

crítico literario. Pero como no puede ganarse la vida en estas actividades, Valera continuó en el Servicio Exterior y fue enviado como secretario del embajador en misión especial, el Duque de Osuna. Pasó el invierno de 1856 y la primavera de 1857 en Rusia, desde donde envió una serie de largas cartas a su amigo, Leopoldo Augusto del Cueto, quien era subsecretario de Estado. Excepto por un viaje corto a Moscú, el resto del tiempo la paso en San Petersburgo (*JV* 20). Rusia no fue la excepción, para que nuestro eterno enamorado tuviera un tórrido y atormentado amor. Esta vez fue Madeleine Brohan, una actriz francesa muy popular y continuamente asediada por lo más granado del sexo masculino residente en San Petersburgo. Este encuentro sucede casi al final de su corta estancia en Rusia. Valera escribe una carta muy ocurrente, haciendo alusión a costumbres exóticas circasianas y la dirige a su amigo del Cueto, con fecha del 6 de abril de 1857, en donde le confiesa lo siguiente:

Empiezo a estar enamorado o cosa parecida. Mi amor, como el amor del Duque [de Osuna, jefe de Valera] está en el teatro francés, pero acaso gaste también calzoncillos tan impenetrables como los que gasta el amor del Duque. Dicen que esta última ninfa, después de haber recibido infinidad de presentes, no se quita ni se rasga los indicados púdicos calzoncillos, que han venido a transformarse en la piel de cabrito con que las mujeres de Circasia envuelven lo más recóndito y deseable de sus lindas personas, piel de cabrito que le cosen sus padres cuando llegan

a ser viripotentes, y que el marido rompe sólo y desata la noche de bodas; piel de cabrito, en fin, que se suspende luego como trofeo en el más conspicuo y honrado lugar de casa. (Romero 475)

En otra misiva de fecha 13 de abril, continua diciéndole a del Cueto:

Mi querido amigo: Dios me ha castigado muy severamente por las burlas que he hecho de los calzoncillos de Mlle. De Théric, y de la cómica desesperación del Duque. Algo peor he encontrado yo, y más desesperado y triste estoy ahora que S.E.

Yo me creía ya un filósofo curtido y parapetado contra el amor, pero me he llevado un chasco solemne. Estoy en un estado de agitación diabólico y es menester que le cuente a usted mi desventurada aventura. Si no la cuento, voy a reventar. Es menester que me desahogue, que me quite este peso de encima. Nada podría escribir a usted si no escribiese de este amor. No pienso más que en éste amor y me parece que voy a volverme loco [. . .] Magdalena Brohan esta aquí rodeada de galanes. Los jóvenes del cuerpo diplomático la adoran rendidos; los inmortales del Emperador la siguen cuando ella sale a la calle; las carnes de seis o siete docenas de boyardos y de príncipes y de estólnicos rebuznan por ella; en el teatro, es aplaudida a rabiar, y una lluvia de flores cae a menudo a sus plantas; el príncipe Orlov se pirra por sus pedazos y el duque de Osuna, a quien no le parece saco de paja, va a verla a menudo y le escribe billetitos tiernos. Pero ninguno de estos triunfos, ni el haberla visto representar lindamente, ni el oír de continuo hablar en su alabanza

a mis compañeros, nada digo, había movido mi ánimo, ni por curiosidad tan solo, a hacer que me presentasen a ella [. . .] Magdalena pidió a Baudin, secretario de la embajada de Francia, que me llevase a su casa. Baudin me dio una cita en su casa para que fuésemos a ver a la Brohan. Falte a la cita [. . .] Mas, hará dos semanas [. . .] me dijo [Baudin] de nuevo si quería yo ir a ver a Magdalena. Le dije que sí y fuimos juntos. Ni la remota intención, ni el más leve pensamiento tenía yo entonces de pretender a esta mujer [. . .] En fin ella estaba en la cama, muy cucamente aderezada para recibir a sus admiradores. Sus ojos tienen una dulzura singular y a veces cierta viveza y resplandor gatunos. La boca grande, los labios frescos y gruesos, y dos hileras de dientes como dos hilos de perlas, que deja ver cuando se ríe, que es cada instante. Canta como un jilguero [. . .] Todas estas gracias me hicieron, desde luego notable impresión, entusiasmado, más que nada, la naturalidad de *bonne fille* de esta comediante, que verdaderamente hace contraste con la afectación de las damas rusas. (Romero Tobar 477-78)⁸

Valera se mantiene inmune a los encantos de la Brohan, aunque apreciativo de los dones artísticos de ésta, lo que no le incita a convertirse en uno más de sus tantos pretendientes. Sin embargo, con las visitas subsiguientes que Valera hace a Magdalena y los galanteos de ambos, va naciendo un amor tórrido, según lo relata en la misma carta:

De este modo fui aún a verla tres o cuatro veces, y si no recuerdo mal no

noté hasta la quinta vez la ternura con que ella me miraba con aquellos ojos de gato [. . .] Magdalena se incorporó entonces y me miró a su vez, con ojos tan cariñosos y provocativos, que me levantó en peso del sillón, y diciéndole, “te amo”, me eché sobre ella, y la besé y la estrujé y la mordí, como si tuviese el diablo en mi cuerpo. Y ella no se resistió, sino que me estrechó en sus brazos, y unió y apretó su boca a la mía, y me mordió la lengua y el pescuezo, y me besó mil veces los ojos, y me acarició y enredó el pelo con sus lindas manos, diciendo que tenía reflejos azules y que estaba enamorada de mi pelo; y me quería poner los besos en el alma, según lo íntima y estrechamente que me lo ponía dentro de la boca, y nos respiramos el aliento, sorbiendo para dentro muy unidos, como si quisiéramos confundirnos y unimismarnos. En fin, fue una locura de amor que duró hasta las dos de la noche, desde las nueve. Pero nunca consintió⁹ ella por más esfuerzo que hice, en hacerme venturoso del todo. Y siempre que lo intenté se resistió como una fiera [. . .] Varios coloquios, si coloquios pueden llamarse estos ejercicios andróginos, tuve con Magdalena desde aquel día, esto es, desde aquella noche. Estaba yo fuera de mí y se diría que me habían dado un filtro. Adiós libros, estudios, filosofías; ya no había para mí más estudios que Magdalena. Ella se fingía enferma; no recibía a los amigos y me recibía a mí sólo. Siempre las mismas ternuras, los mismos extremos, la misma resistencia y el mismo rendimiento y desmayo para terminar la función [. . .] En fin, era un frenesí continuo, que no podía durar. Ella, entretanto, estaba incomodísima con asuntos antiguos y nuevas

consecuencias de ellos. Su marido, el poeta Uchard, de quien está separada, acaba de componer una comedia autobiográfica, en la que pinta a ella como un monstruo, y él se pinta como santo martirizado. Los periódicos todos han hablado de esta comedia encomiándola mucho y tratando malamente a Magdalena. Entretanto, su amante, no sé su nombre ni quiero saberlo, su amante aquel por el que se separó de Uchard, está arruinado, y ella supone que se ha arruinado por seguirla, abandonando sus negocios. Este maldito amante está en París, y ella sostiene que, a pesar de todos los estólnicos, diplomáticos, atamanes, príncipes y boyardos, se ha conservado intacta y fiel, hasta el día en que cayó entre mis brazos. ¡Vea usted que triunfo! Por desgracia no ha sido completo, y, a pesar de mis arremetidas me he quedado a media miel. (Romero 480)

Valera no vive sino para su amada, pero la falta de entrega de ésta lo pone fuera de sí, está desconcertado y desesperado por la conducta de Magdalena. Para definir la situación insostenible al igual que incomprensible para él, decide dejarla para siempre. La visita en casa de Magdalena no va bien, antes que Valera pudiera decir alguna cosa, ella simplemente le dice que lo olviden todo dándole un adiós amistoso acompañado de cierto afecto sensible y a la vez enfadoso, *ne m'en voulez pas*. Valera cae enfermo, sufre un ataque de bilis y le da calentura. No dándose por vencido Valera le envía una carta muy tierna a Magdalena pidiéndole que le amase y que él se quedaría

los cuatro años que ella se quedase en San Petersburgo. La cruel respuesta de Magdalena fue: “*C’est impossible. If faut partir. Adieu*”. La salud de Valera empeoró. La carta a del Cueto termina así: “Esta carta no debe formar parte de la colección de mis cartas de Rusia. Esta carta está fechada en el país *du tendre*. Soy su amigo afectísimo, J. Valera.” (Bravo 126-128)

Esta angustiada experiencia de amor la resume Valera en su poesía *Saudades de Elisena*, escrita en San Petersburgo en 1857, preguntándose Valera el porqué de la volubilidad de las mujeres, para qué atraerlo para luego abandonarlo sin consumir el supremo acto de amor terreno. La incógnita de la naturaleza femenina y su comportamiento desconcertante e enigmático perdurará a través de la vida del poeta (Bravo 128-29).

En la poesía *Saudades de Elisena* dice:

Para mi triunfo
un corazón necesito;
porque corazón no tienen
los que me cercan rendidos,
y de sus joyas y galas
no me envanezco, y me río.

Esta desalmada seducción es recriminada por Valera en los siguientes términos:

Y atormentaste mi alma
y turbaste mis sentidos,
y con tus besos me distes
un emponzoñado filtro.

El poema termina de la siguiente manera:

Mas no, no te jactes

del daño que has hecho,
ni temas mi encono
ni esperes mi ruego
Lo que yo en ti amaba en ti ya no veo;
no eres tú la diosa
que adoro tan ciego.
La diosa que adoro
no vive en el tiempo;
sus pies inmortales
no tocan el suelo. (Bravo 129)

También en su primera novela psicológica, escrita en 1860 titulada *Mariquita y Antonio*, podemos observar cómo Valera, evoca su amarga experiencia amorosa acaecida en Rusia. El protagonista intenta descifrar el misterio del alma de Mariquita, que a veces le parece una diva y otras una prosaica matrona. “Esa mujer que a pesar de su cercanía está muy lejana, a mil leguas de distancia, y su interior recóndito, secretísimo se escapa al infeliz amante desasosegado por saber cómo es la mujer a quien ama. Su misterio le inquieta, le atrae. Es el misterio del alma de Magdalena Brohan”. En su novela *Pepita Jiménez*, Valera refleja también su perplejidad hacia lo infranqueable de la psique femenina cuando el seminarista Luis no sabe si la joven y bella viuda es un ángel o un demonio, una aparición celestial o una mujer diabólica (Bravo 130).

A su regreso a España, en 1858, Valera es elegido diputado a las Cortes por el distrito de Archidona en la provincia de Málaga. El último día de ese año, presenta su renuncia al Ministerio del Exterior, con

el firme propósito de entregarse a la política, actividad que combina con la de ensayista, poeta, crítico, editor de revistas y periódicos durante espacio de siete años. Sus actividades políticas nunca lo llevaron lejos y sus actividades literarias no le dejaban suficiente dinero para mantener el nivel de vida al que estaba acostumbrado. Durante estos años Valera adquiere una magnífica reputación y en 1861 es elegido miembro de la Academia Española (*JV* 23).

En 1865 el gobierno de la Unión Liberal le ofrece a Valera el puesto de Ministro Plenipotenciario con sede en Francfort. Después de siete años de ausencia, regresa Valera a la diplomacia. Esto le hace abandonar sus actividades literarias. Su sueldo anual es de 60.000 reales.

El 30 de agosto de 1866, Valera viaja a París a encontrarse con su hermana Sofía, de allí salen para Biarritz, a la casa de veraneo de Sofía, donde encuentra a su antiguo jefe de Brasil, el Sr. Delavat con su familia. Apenas reconoce a Dolorcitas, la que años atrás la había calificado de “fea como un pecado”, quedando gratamente sorprendido por la belleza y ternura de la joven Dolorcitas. Valera tiene ya cuarenta y dos años y se encuentra atraído por la inocencia, elegancia, inexperiencia y discreción de la joven, que no sabe lo que es coquetería (*Bravo* 163).

En el verano del siguiente año, Valera regresa a Biarritz con la sola intención de volver a ver a Dolorcitas, quien mucho le atrae para hacerla su esposa. Sin embargo la

diferencia de edades le hace dudar sobre la conveniencia de tal idea. Resaltando una vez más su carácter dubitativo e indeciso, Valera regresa a Madrid sin resolver nada al respecto, después de muchas visitas y conversaciones con los Delavat. Finalmente el indeciso Valera, escribe una carta a la Sra. Delavat en la que le participa claramente su amor por Dolorcitas. Esta revelación de amor no le asombra a la Sra. Delavat, en cambio, Dolorcitas interiormente recrimina a Valera el no haberle declarado a ella su amor. La señora Delavat contesta a Valera una afectuosa carta en la que le comunica la correspondencia de su amor por parte de su hija (*Bravo* 165-66).

Valera escribe su primera carta a su futura esposa, el 11 de octubre de 1867, desde Doña Mencía, en los siguientes términos:

Mi muy querida
Dolorcitas:

En este lugar, donde he venido a ver a mi madre, a quien hacía más de un año que no había visto y a tratar varios asuntos de casa, he tenido el increíble contento de recibir una cariñosa carta de su mamá de Vd. con la noticia de que Vd. me admite y anima mi pretensión, colmándome de felicidad y de esperanza. Luego que pueda, haré por poder cuanto antes, iré a París a ponerme a los pies de Vd. y a darle gracias de palabra por el favor que me hace y la confianza generosa que muestra tener en mí. Yo me esforzare por hacerme digno de ella. La quiero y estimo a Vd. de sobremanera, y, no dudo que mi cariño y mi estimación

serán mayores cuanto más nos tratemos. Ojalá logre yo inspirar a Vd. siempre sentimientos análogos a los que estoy seguro de que Vd. me inspira y me inspirará constantemente en lo futuro[. . .] El proyecto de que he hablado a su mamá desde hace solo 20 días, le había concebido desde hace más de un año, cuando la vi a Vd. en Biarritz, tan modesta, tan discreta y tan linda. El recelo de no ser bien correspondido me contenía. La diferencia de nuestra edad era una de las razones que yo me daba para desalentarme. Las excelentes cualidades de Vd. han podido más que mi recelo, avivando mi amor y mi deseo de ser amado [. . .] Sólo he hablado de nuestro proyecto a mi madre y a mis dos hermanas, las cuales le aprueban y celebran, como se lo harán saber a Vd. más directamente.

Adiós, Dolorcitas. Créame Vd. su apasionado y agradecido admirador

Juan Valera. (C 35-36)¹⁰

Por carta recibida del hermano de Dolorcitas, Valera sabe que ésta se encuentra resentida y extrañada por su proceder. No concibe que Valera se haya entendido con su madre y no con ella. En carta del 15 de octubre de 1867, Valera le explica que le era difícil hacerlo directamente con ella, primero porque temía recibir una negativa de su parte y estando en Madrid, el golpe le hubiera dañado menos. Nos parece irónico, que un hombre como Valera, con el perfil de un don Juan, además de sofisticado, de buen porte, que atraía a muchas mujeres, nos refleje este individuo inseguro y temeroso, como lo

hemos visto a través de su obra epistolar. Valera le continúa explicando que en segundo lugar, siempre estuvieron en compañía de su mamá y abuelita y no tuvieron un momento para hablar a solas. Aclaradas las cosas, Dolorcitas espera que su prometido vaya a París a confirmar su noviazgo. La joven novia se siente halagada al ser pretendida por un hombre de prestigio, de figura señorial, de amena charla y gran erudición. Finalmente el 5 de diciembre de 1867, enlazan sus vidas Juan y Dolores en la iglesia de San Pierre de Chaillot, en París (Bravo 167-179).

Antes de cumplir cuatro años de casado, Valera expresa a su madre su insatisfacción con su relación marital con Dolorcitas, a quien percibe indiferente, dando lugar a un distanciamiento que durará por el resto de la vida de Valera. Los gastos del matrimonio son mayores a sus ingresos y siendo Valera el administrador del patrimonio de su mujer, el capital de ésta se ve mermado, dando lugar a riñas y desconfianzas entre ellos cuando Dolores le pide cuentas a Juan. La muerte de la madre de Juan agrega mayor carga financiera a Valera, ya que deja varias deudas que sus hijos tienen que pagar.

En varias cartas enviadas a su hermana Sofía, Valera se queja amargamente de su relación con Dolorcitas, inclusive en una de ellas, escrita en Washington el 17 de marzo de 1885 le hace una confesión íntima, en la que podemos apreciar que hacía ya muchos años la relación marital había

acabado:

Mi casa está ahora muy bonita y amueblada con gusto. Recibo los lunes y viernes las damas y damiselas más elegantes, y dicen que se divierten. Juanito [su sobrino] dice que si Dolores supiese de estas fiestas, se pondría feroz; perdería el miedo a las ondas salobres; y se trasladaría a estas regiones, o para acabar con las fiestas o para presidirlas, dirigir las y arreglarlas a su manera.

En fin, más vale que no venga, porque había de arañar algunas Misses. Hace doce años, (yo te lo cuento todo, como tú me lo cuentas todo) Dolores no quiere *ser mi mujer*; pero siempre se pone furiosa contra cualquiera otra que me desdeñe menos y que no me halle tan viejo, tan feo, ni tan averiado.

Todo esto es muy triste; y no porque yo haya tenido jamás una pasión viva por Dolores, hasta el punto de me matasen sus desdenes: sino porque, hasta con ella si no me hubiera desdeñado, hubiera sido yo y sería el más dulce, fiel y afectuoso de los maridos. Menester ha sido que Dios o el Diabolo me haya proporcionado en mi mujer a mi más cruel enemiga, para que yo desista de los goces tranquilos y legítimos del hogar doméstico, que tan de acuerdo están con mi carácter y aficiones.

En fin ¿qué le hemos de hacer? No hay más que resignarse. (Sáenz 257)

En realidad Valera llevó vida de casado solo los primeros cinco años, ya que si se casó en diciembre de 1867 y la carta

anterior tiene fecha de 1885, en la que confiesa que hacía doce años Dolores no quería ser su mujer, entonces desde 1873 no tenía relaciones maritales. Ironía del destino, Valera, el irresistible don Juan, después de resistirse tanto a casarse, cuando finalmente lo hace, mantiene relaciones íntimas con su esposa durante poco tiempo. Las cartas escritas a su hermana Sofía relacionadas con su esposa, son del tenor de queja hacia su esposa. En ellas de alguna manera a parte de lamentarse de no ser comprendido, respetado y amado, justifica su comportamiento en un plan de víctima. No entendemos bien esta relación por parte de ambos. Valera dice que su mujer se molestaría y hasta cruzaría el Atlántico para estar con él, si supiera de las tertulias que hay en la embajada, a la que concurren muchas damas de buen ver. Pero esto no se corresponde con la mujer que describe Valera en sus cartas, al parecer a ella ya no le debe de importar lo que su marido (oficial, sólo en papel) haga. Tampoco entendemos el constante quejarse de Valera en relación a su mujer. La relación entre ellos, no mejoró jamás, por el contrario se fue deteriorando día a día.

Damos a continuación ejemplos de párrafos de algunas de estas cartas dirigidas a su hermana Sofía, escrita el 4 de junio de 1885, donde Valera se pinta como una víctima de su esposa y de las circunstancias:

Aquí me va regular de salud y de humor, a pesar de los 60 años cumplidos. Te aseguro, no obstante, que mi natu-

ral, condición me inclina a amar y a echar muy de menos la paz, el calor y el dulce reposo del hogar doméstico, de que nunca he gozado, porque mi mujer ha sido un *verdadero demonio para conmigo*. Yo hubiera sido el hombre más feliz de la tierra con una mujer propia que me hubiera querido y respetado un poco [. . .] En fin ¿qué le vamos hacer? Fuerza es resignarse a lo que no tiene remedio: pero te aseguro que me apesumbra mucho pensar que en los últimos años de mi vida, cuando ya sea ridículo e imposible amar fuera de casa, no halle yo ni la soledad completa en casa para amar sólo a mis libros y mis filosofías, ni alguien en casa que me quiera, sino odio y desdén injusto. Pícaro vejez va a ser la mía (Sáenz 266. Énfasis agregado).

La última relación amorosa trascendente, que Valera comenta en su obra epistolar, es la que sostuvo con Catherine Lee Bayard hija del ministro de Negocios Extranjeros de los Estados Unidos, quien tiene una atracción especial por Valera, que terminará un poco más tarde, trágicamente para ella. En carta del 23 de marzo de 1885, le escribe a Sofía:

Además aquí he caído mejor que en parte alguna, y casi me rifan, casado, con hijos y con 60 años. Verdad es que el decidido afán de flirteo es cosa pasmosa entre las Misses. La hija del nuevo Ministro de Negocios Extranjeros, Miss Catherine Bayard, tiene cierto platónico entusiasmo por mí, y nos vemos y nos escribimos con frecuencia las mayores finuras, tiquismiquis y sutilezas afectuosas [. . .]. (Sáenz 258-59)

Continua contándole Valera a su hermana Sofía las relaciones que tiene con Catherine, en carta fechada el 16 de junio de 1885, culpando a su mujer por no ser cariñosa ni razonable. Quiere además demostrarle a su esposa que sus chistes de que ya está él viejo, no son ciertos, puesto que una mujer joven está enamorada de él:

Mi mujer no me escribe casi nunca. Casi me alegro. La fórmula: Querido Juan, y la fórmula tu afectísima, con que termina sus cartas, hacen mal efecto, cuando la gente se odia y lo muestra todo [. . .] Si ando con amoríos y haciendo tonterías como chico de 20 años, no es en realidad por mi culpa. Como uno de los chistes de mi mujer es ponerme siempre de viejo, yo me demuestro que no lo soy: y como ella me desdeña tanto, me doy el gusto de demostrarme que no todas las mujeres son del mismo parecer. (Sáenz 267)

En carta del 16 de julio de 1885, continúa quejándose por haber sido maltratado, además ya deja entrever la pasión del amor de Catherine, presintiendo que cuando él parta de regreso a Europa, traerá mucha tristeza a la joven:

De mis amores con la Miss [Catherine] de que te he hablado no tienes que temer, ni temo yo, esos males de que me hablas. Miss K. B. es razonable y juiciosa en esto. En lo que no lo es, y he aquí mi temor, es en el romanticismo de la pasión, y mi recelo consiste en que ha de llegar un día en que yo, por un motivo o por otro, tenga que volver a Europa, lo cual, dado el punto sublime a que ha llegado este asunto, ha

de traer muchas lágrimas y sentimientos... Miss Bayard está ahora ausente en Wilmington, capital del Estado de Delaware, cuidando a su madre que agoniza. Todos los días nos escribimos largas cartas. Claro está que sobre todo esto preferiría yo estar bien casado: vivir en el seno de mi familia y gastar mi amor y mis finuras con mi legítima mujer: pero no es mía la culpa, si esto no sucede durante 14 años, he sido desdeñado, pisoteado, vejado y tratado peor que perro sarnoso. (Benvenuti 275-76)

En la carta de fecha 18 de enero de 1886 Valera le dice a Sofía del trágico suicidio de Catherine. Valera le explica del estado de ánimo pesimista de Catherine y de sus deseos constantes de morir, por lo que pudiéramos inferir, que su enamorada padecía de depresión:

No sé aún si me dejan cesante o si me trasladan a Bruselas. A mí lo mismo me importa.

Aquí vino la nueva por telégrafo, que publicaron los periódicos. La pobre Miss Catalina Bayard, llena de talento, de chispa, de gracia y de saber, tenía las ideas más espantosas de pesimismo: amaba, deseaba la muerte: era su preocupación: su idea constante. Lo que es yo [sic], por esta mujer, me hubiera quedado aquí, y aun hubiera renegado de la patria y me hubiera hecho yankee. Ha sido una cosa tremenda. (Benvenuti 282)

Carta del 16 de febrero de 1886:

De nada, absolutamente de nada me remuerde la conciencia. Yo ni he engañado, ni he seducido, ni he

prometido lo que no podía cumplir. Yo no tengo la culpa de las desesperaciones, de locuras, de pesimismo, de horrores. Para curarlos y evitarlos hasta me hubiera yo quedado aquí de cualquier modo. Y en cuanto a mi *flaqueza* de dejarme querer, me parece que no es tan fácil hacer del Hipólito o del Joseph, cuando tiene uno todavía su alma en su almarío. Las Misses aquí son violentas y desaforadas: sobre todo de 25 y 30 años, y los europeos, por poco que valgamos, las solemos alborotar. (Sáenz 283-84)

En las últimas dos cartas, cuyos fragmentos hemos reproducido arriba, podemos ver que el amor de Catherine era correspondido por Valera, ya que confiesa que se hubiera quedado en los Estados Unidos y se hubiera naturalizado norteamericano para evitar y curar los males de Catherine. Pero también escribe no tener cargos de conciencia por lo ocurrido. Bravo, en la biografía de Valera, escribe que Catherine “abrumada por el dolor que siente por el traslado de Juan, se suicida en la antesala de la Embajada” (264). Pero esta aseveración de Bravo, no coincide con su conclusión. El suicidio ocurrió unos días antes del 18 de enero de 1886 y en la carta de esa misma fecha Valera le dice a su hermana que no sabe si lo cesarán o lo enviarán a Bruselas, por lo tanto Catherine no pudo haber sabido de ningún traslado, puesto que el mismo Valera aún no sabía nada al respecto. También en la misma carta nos dice que estaba dispuesto a quedarse, por lo que pudiéramos concluir, que no tuvo

oportunidad de hablar con Catherine sobre el futuro de su relación y sobre lo que pasaría cuando tuviera que regresar a Europa.

Adicionalmente, Sáenz, en *Cartas Intimas*, nos dice que todos los periódicos de los Estados Unidos, consideraron que la muerte de Catherine fue “por causas naturales”. Valera “[p]ercibe que ha sido Bayard y el propio Gobierno norteamericano el que ha tramitado ‘bajo cuerda’, sigilosamente su despido, y ahora el puesto que se le ofrece de ministro de España en Bruselas lo juzga como un castigo” (34). Creemos que esto se debió a la relación de Valera con Catherine y muerta ya ella, el padre de ésta influyó para que Valera fuese trasladado fuera de los Estados Unidos, mas no porque sospecharan que Catherine se hubiera suicidado por Valera.

Sin duda éste es un episodio en la vida de Valera, que se deberá investigar con mayor profundidad, esclareciendo mejor los controvertidos hechos sobre el verdadero origen del suicidio de Catherine, ya que parece que hasta ahora ha sido tratado sucintamente.

Valera pasó los últimos diez años de su vida en Madrid, ya casi sin poder ver, por lo que dictó a su secretario, don Pedro de la Gala, toda su abundante obra literaria de este periodo de su vida. En sus cartas de esa época, constantemente se queja, para no perder la costumbre, de tres cosas: su salud, su ceguera y su soledad. Valera muere el 18 de abril de 1905 en la ciudad de Madrid.

Notas:

¹ Nota a pie de la página 12 de la disertación doctoral de Pagés en la que da ésta opinión.

² Tomado de cita de Azaña en Pagés en la pág. 47.

³ Ver nota 27 en la pag. 18 en Pagés, en relación al concepto intradiegetico.

⁴ Ver nota 50 en la pag. 32 en Pagés.

⁵ Abreviación que se usará de aquí en adelante para el libro *Juan Valera* de Coster.

⁶ Coster en su libro *Juan Valera*, equivoca el nombre del poema aquí aludido y lo nombra como “A Delia,” no sabemos si fue un error tipográfico o de investigación del autor. Página 25.

⁷ Hemos respetado la ortografía de la carta original.

⁸ En el libro de Bravo-Villasante esta carta tiene fecha de 6 de abril, en lugar del día 13, cuando la escribió Valera.

⁹ En la edición de Romero Tobar en la pagina 480, dice: “Pero nunca consistió ella, por mas esfuerzos que hice...” Debe decir consistió ella, para que haga sentido la frase.

¹⁰ Abreviación que se usará de aquí en adelante para el libro *Correspondencia de Don Juan Valera (1859-1905)* de Coster.

Obras citadas

Azaña, Manuel. *Ensayos sobre Valera*. Madrid: Alianza, 1971.

- - - . *Valera en Italia: Amores, política y literatura*. Madrid: Editorial Paez-Bolsa, 1929.

Bravo de Villasante, Carmen. *Biografía de Don Juan Valera*. Barcelona: Editorial Aedos, 1959.

- Coster, Cyrus de. *Juan Valera*. New York: Twayne Publishers, 1974.
- . *Correspondencia de Don Juan Valera (1859-1905)*. Madrid: Editorial Castalia, 1956.
- Derrida, Jacques. *The Post Card: From Sócrates to Freud and Beyond*. Trad. Alan Blass. Chicago: The University of Chicago Press, 1987.
- Ferrater Mora, José. *El mundo del escritor*. Barcelona: Editorial Crítica, 1983.
- Guillén, Claudio. "Al borde de la literalidad: literatura y epistolaridad." *Tropelías. Revista de Teoría de la literatura y literatura comparada* 2 (1991): 71-92.
- Pagés Rangel, María del Rosario. "Del dominio público: las cartas privadas de Valera, Gómez de Avellaneda y Goya." (Libro o revista de donde lo sacas) Diss. Harvard University. 1994.
- Saenz de Tejada Benvenuti, Carlos, ed. *Juan Valera Cartas Intimas (1853-1897)*. Madrid: Taurus Ediciones S.A., 1974.
- Spadiccini, Nicholas y Jenaro Talens, eds. *The Politics of Editing*. Minneapolis: University of Minneapolis Press, 1992.
- Todorov, Tzvetan. *Littérature et signification*. Paris: Larousse, 1967.